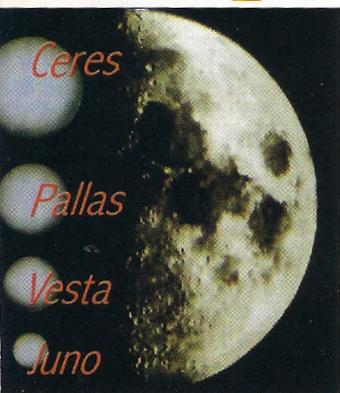


Esperando la próxima extinción



Comparación ilustrativa del tamaño de los cuatro mayores asteroides del Sistema Solar respecto al de la Luna. Las órbitas de algunos de estos cuerpos de gran masa son sumamente irregulares, lo que los convierte en candidatos idóneos para una hipotética colisión con la Tierra de consecuencias catastróficas.

La Tierra y sus vecinos del Sistema Solar están llenos de cicatrices, indicios de enormes catástrofes naturales. En rigor, se trata de auténticos «fines del mundo»: convulsiones climatológicas y geológicas que remodelan drásticamente el planeta, señalando el inexorable ciclo de vida y muerte, tal y como lo confirman las evidencias científicas. Así pues, resulta inevitable preguntarse: ¿Cuándo sobrevendrá el próximo cataclismo?

JAVIER ARRIÉS

La enorme masa del bólido penetra en la atmósfera de la Tierra. El objeto, cuyo tamaño es comparable al del monte Everest, es diez veces más rápido que una bala. Un impresionante y cegador destello de luz marca su trayectoria. La velocidad es tal que el aire frente al artefacto es incapaz de desplazarse, comprimiéndose. Sometido a una presión insostenible, la barrera sónica se rompe, dando lugar a un estallido brutal y provocando un aumento de temperatura cuatro o cinco veces mayor que la del Sol. Una tremenda onda de choque irrumpe y atraviesa el suelo. Otra, no menos violenta, rebota contra el proyectil. La Tierra se mueve varios metros de su órbita. Una hora después un horrible estruendo se hace oír por todo el globo. Las ondas sísmicas se propagan por toda la corteza terrestre. Tremendos terremotos de magnitud 12 y 13 en la escala de Richter sacuden el suelo, lo retuercen y levantan. Todo vuela por los aires. Las ondas sísmicas se desplazan irremediamente al punto opuesto del planeta donde ha tenido lugar el impacto. Allí se encuentran... La superficie de la Tierra se comba, alzándose 20 metros. A 800 Km

del dantesco escenario de la colisión, un *tsunami*, una ola de más de un kilómetro de altura, invade y arrasa todo el continente norteamericano. Enormes pedazos de roca, grandes como automóviles, vuelan literalmente para aterrizar a unos 500 kilómetros, en el lugar que hoy conocemos como Belice.

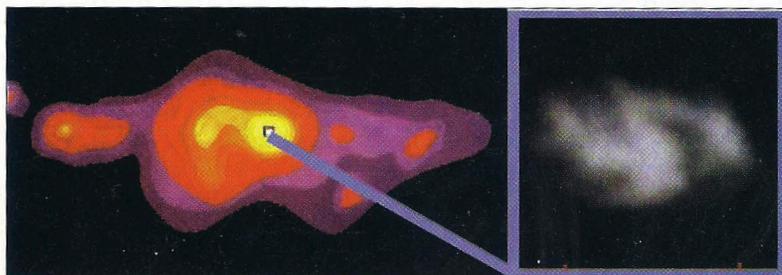
Una tormenta de fuego se desata sobre todo el planeta, una hoguera universal que dura varios días, arrojando polvo y cenizas, y que oscurece el mundo hasta el punto de que uno no podría verse la mano frente a la propia cara, dando comienzo a un largo período de oscuras y heladas tinieblas.

Galería de astros mutilados

Acabamos de asistir al horrible evento que hoy los científicos llaman suceso del «Límite K/T». Una roca procedente del espacio ha acabado con los dinosaurios, con el 99,99% de todos los animales y con un 75% del resto de las especies del planeta. Es una cifra estremecedora, un auténtico holocausto. Fue hace 65 millones de años. El inmenso cráter aún puede verse en el golfo de México. ¿Un hecho aislado qué ocurrió hace demasiado tiempo?

Así pensaban de manera unánime los partidarios de la corriente «uniformista», para quienes los cambios en la naturaleza son graduales y requieren inmensas escalas de tiempo. Pero cada vez son más los científicos que se adhieren a las tesis «catastrofistas», según las cuales son las catástrofes naturales y periódicas las responsables de los muchos cambios que acaecen en nuestro mundo. No es para menos. Cada vez es más evidente. Nuestro planeta y sus vecinos están llenos de horribles cicatrices: las huellas de un pasado agitado y doloroso, muy doloroso.

Un vistazo a nuestro satélite a través de un pequeño telescopio nos brinda un paisaje dantesco, lleno de cráteres y huellas de impactos colosales



El corazón de la galaxia y (derecha) detalle de A-Sagitario, un objeto gigantesco cuyas emisiones de energía podrían ser la causa de catástrofes cíclicas en la Tierra.



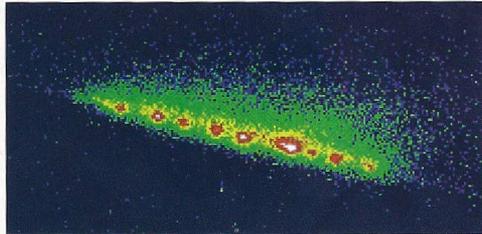
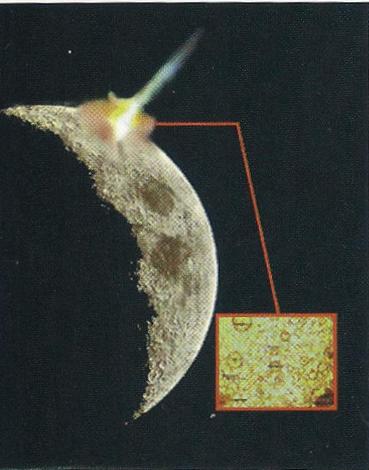
agravados por su ausencia de atmósfera. Parece algo lejano y frío que no nos atañe. Sin embargo, disponemos del testimonio de alguien, no tan alejado en el tiempo, que presencié una colisión similar: «El cuerno superior se partió en dos. Del punto central de la división brotó una antorcha llameante, arrojando a considerable distancia fuego, brasas y chispas. Al mismo tiempo, el cuerpo de la Luna se retorció, como presa de la ansiedad, y la Luna se agitó como una serpiente herida. Después de estas transformaciones, la Luna adquirió un aspecto ne-gruzco». Quien esto escribió fue Gervasio de Canterbury, un monje del siglo XII que transcribió los relatos de los múltiples testigos del suceso. La prueba de que no mentían está ahí arriba, sobre la superficie del satélite: el cráter *Giordano Bruno*. Nuestro satélite aún está vibrando, y aún lo hará durante otros 20.000 años, a consecuencia de un en-

contronazo que, de haber tenido lugar sobre la Tierra, aquel 25 de junio de 1178, habría destruido la civilización humana; como podría haberlo hecho el cometa Shoemaker-Levy si, el 16 de julio de 1994, en lugar de estrellarse contra Júpiter, lo hubiera hecho contra nuestro mundo.

Marte no ha tenido mejor suerte. Además de una gran cantidad de cráteres, el Planeta Rojo muestra muchos síntomas de haber sufrido catástrofes traumáticas. Su velocidad de rotación es mucho menor de lo que debería; durante largos períodos, su eje de rotación «baila» de forma violenta cambiando su ángulo de orientación al Sol; muestra una enorme sima, *Valles Marinensis*, de 7 Km de profundidad y 4.000 Km de longitud, «arañado» literalmente sobre su superficie; su corteza, arrancada en parte, parece haberse deslizado como una cáscara so- ➤

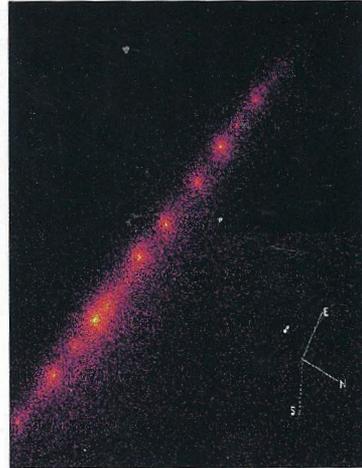
Hace «sólo» 245 millones de años, una misteriosa catástrofe aniquiló el 96% de las especies marinas y el 90% del resto de seres vivos. ¿Qué pudo causar semejante devastación? Y, sobre todo, ¿estamos expuestos en la actualidad a que se repita un cataclismo de características similares?

Cada destrucción constituye, al mismo tiempo, un



UN PELIGRO DEMASIADO CERCANO

Izquierda, reconstrucción del impacto de un objeto sobre la Luna el 25 de junio de 1178, cuya secuela es el cráter Giordano Bruno. Arriba y junto a estas líneas, imágenes del cometa Shoemaker-Levy, que se estrelló contra Júpiter (derecha) el 16 de julio de 1994; de haberlo hecho contra la Tierra, probablemente hubiera acabado con cualquier rastro de nuestra civilización.



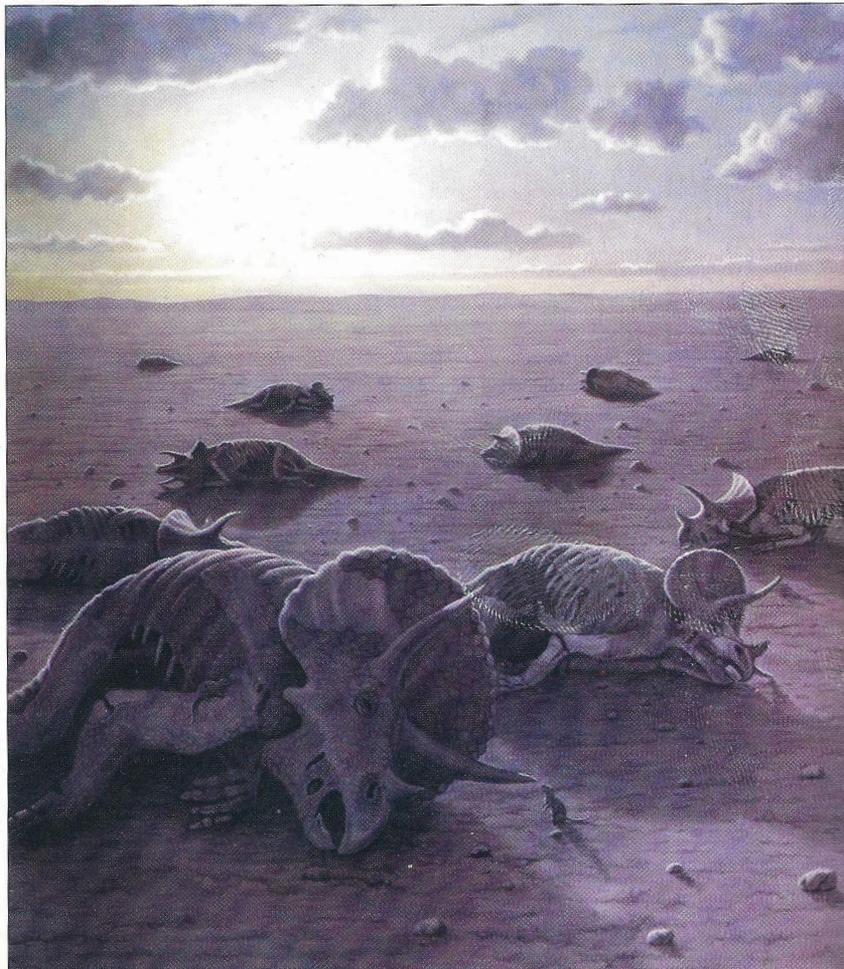
bre las capas interiores, de modo que la tierra de los polos ha sido desplazada hacia el ecuador y viceversa. Marte es, además, el poseedor de los tres cráteres más anchos y profundos del sistema solar. Si alguna vez pudo haber vida en ese planeta, cualquiera de estos impactos acabó con ella. De hecho, quizá alguno de ellos fue el causante de las inundaciones catastróficas que lo asolaron, repitiendo una vieja historia (impacto y diluvio) que muy probablemente ha ocurrido muchas veces sobre nuestro propio planeta. Para muchos, mirar a Marte, donde alguna vez pudieron existir prolíficas formas de vida, es echar un vistazo a nuestro propio futuro.

Nuestro planeta también ha tenido su parte en este drama cósmico. La extinción brusca de los dinosaurios no ha sido la única. Entre 550 y 530 millones de años atrás, nuestro mundo sufrió otra misteriosa catástrofe de dimensiones apocalípticas. Al parecer, toda la corteza terrestre se movió como la cáscara de una naranja a una velocidad impresionante. Las regiones del ecuador acabaron en el polo y viceversa; otro curioso paralelismo con el vecino Marte que da mucho que pensar. El resultado fue la total extinción del 80% de las especies vivas. A partir de ese momento los supervivientes cambiaron, se diversificaron, dando lugar a la «explosión del Cámbrico», una nueva Era con formas de vida inéditas. Desde el punto de vista biológico, vale decir que, repentinamente, un mundo fue destruido y nació otro completamente distinto sobre las cenizas del anterior. Pero este nuevo mundo también encontró su final. Hace 245 millones de años, otra misteriosa catástrofe aniquiló el 96% de las especies marinas y el 90% de las terrestres. En palabras de Gerritt Verschuur, radioastrónomo y catedrático de física en la Universidad de Memphis, «la vida en la Tierra estuvo a punto de llegar a su fin. Apenas se puede describir en palabras la magnitud de una catástrofe semejante».

Más cercanas a nosotros, y no menos dantescas, fueron las extinciones del Pleistoceno en las que perecieron los grandes mamíferos. Como testigos mudos, conservados en yacimientos de lignito y otros materiales de diferentes partes del mundo, se

La extinción brusca de los dinosaurios no ha sido la única que ha padecido nuestro planeta. Entre 550 y 530 millones de años atrás, la Tierra sufrió otra misteriosa catástrofe de dimensiones apocalípticas.

encuentran enormes y extensos amasijos de huesos y restos de todas las especies revueltos en una mezcla caótica. Fragmentados, desmembrados y retorcidos, dan cuenta de una horrible hecatombe que les sorprendió repentinamente y los arrastró, mezclándolos sin orden ni concierto. Los huesos de mamut se encuentran codo con codo con los de mastodontes, leones, lobos, osos, incluso moluscos. La presencia de pájaros en estos macrocementerios mixtos delata la acción de horribles huracanes de enorme magnitud. En cuanto a lo que arrastró, golpeó y destruyó a todo lo que se movía sobre la superficie, hay dos posibilidades: enormes masas de hielo o inundaciones de proporciones gigantescas,



quizá como las que pudieron acabar con la vida del vecino Marte. La posibilidad de un diluvio de proporciones bíblicas se ve apoyada por la existencia, en muchos lugares del planeta, de rocas «erráticas», masas pétreas de enorme envergadura situadas a grandes distancias de su lugar de origen. Las estrías sobre su superficie parecen indicar la acción de tremendas corrientes acuáticas corriendo sobre el planeta de norte a sur. Aquel mundo debió perecer no sólo a causa del agua, sino también debido al fuego, porque junto a los restos se encuentra abundante material de origen volcánico. Tremendos erupciones de extraordinaria violencia arrojaron a la atmósfera nubes tóxicas, mortales, a una escala gigantesca. Sea como fuere, hace unos 11.000 años, un hecho traumático cambió la faz del planeta y su biomasa. ¿Aún parece lejano? Quizá no tanto si se piensa que en algunos lugares, como en Nuevo México, algunas de las piezas que componen el macabro puzzle de los depósitos de huesos lo componen calaveras y restos humanos.

¿Qué pudo causar semejante devastación? ¿Qué puede explicar el hecho de qué después de un período de estabilidad en el que la vida prospera sobre la Tierra, se produzca una extinción de esas formas de vida y un remodelamiento del planeta?

Viaje al centro de la galaxia

La mayoría de los científicos que investigan este tema parecen estar de acuerdo en algo: los agentes periódicos de destrucción no son endógenos, sino externos; proceden del exterior. Quizá la respuesta esté en el corazón de nuestra galaxia. El centro de la Vía Láctea emite intensas radiaciones de ondas que delatan a un objeto bautizado como A-Sagitario. Su masa es unos 10 millones de veces mayor que la del Sol, lo que lo convierte en el objeto más masivo de la galaxia. Sólo la radiación infrarroja de este cuerpo, que emite con inusitada intensidad electrones y protones tan energéticos como para viajar a velocidades próximas a la de la luz, es de 10 a 30 millones de veces la del Sol. La teoría más aceptada es que A-Sagitario es un voraz agujero negro que devora el gas que le rodea.

Algunos, sin embargo, rechazan esta idea alegando que de ser un agujero negro, ya habría engullido a toda la galaxia. Por otra parte, las inmensas nubes de gas que lo circundan parecen alejarse de él en lugar de viajar hasta su centro. A-Sagitario no se comporta como un devorador de materia; muy al contrario, parece estar emitiéndola. Pero no es el único objeto de su especie. Otras galaxias poseen fuentes masivas en su núcleo que, a intervalos periódicos, entran en un estado de hiperactividad expeliendo, en violentas erupciones, un viento energético de radiación y partículas de una intensidad colosal. Para muchos astrónomos se trata de un proceso natural por el que periódicamente la energía y la materia se crean en el núcleo de las galaxias. Está generalmente aceptado por los modernos cosmólogos que el núcleo de la Vía Láctea entra en un período de hiperactividad cada 10 o 100 millo-



Julio Verne también «predijo» un terrible cataclismo.

Los recuerdos de catástrofes pasadas perduran aún en mitos y tradiciones de todas las culturas del planeta. El diluvio y las inundaciones están presentes en el mito bíblico de Noé; el hindú Vaivaswata; el Ogiges y el Deucalión griegos; el Sisutros caldeo; Bochica, en Perú;

Utmapisthim, en Babilonia y Sumer; o Coxcox, en México. Períodos de oscuridad, provocados por el polvo producido tras un impacto, se contemplan en la Biblia. Por ejemplo, en Jeremías: «Miré a la tierra, y he aquí que estaba solada y vacía; y a los cielos, y no había en ellos luz». Una era de oscuridad y guerra en los cielos se cierne sobre la Tierra y los demás planetas en el Buhandris, un texto persa. En América, toltecas, indios toba, mayas y muchas otras etnias describen diferentes eras pasadas cubiertas de oscuridad. Otros mitos, se refieren a períodos de in-

tenso calor y actividad solar. Ipurinas y tupi, en Brasil, Takahlis en la costa del Pacífico Norte, los Yuracares bolivianos, los aborígenes en Australia, o la propia tradición druídica en Europa relatan eventos parecidos. Igualmente pueden encontrarse descripciones de objetos caídos del cielo, terremotos, lluvias de materiales extraños... En resumen, pueden reunirse fácilmente más de 500 ejemplos de relatos, muy semejantes entre sí, esparcidos por todos los continentes, y que parecen formar parte de la memoria colectiva de todo el género humano.

nes de años. Algunos, sin embargo, como el doctor Paul LaViolette, creen que este período es mucho menor. No sólo eso; según su teoría de la «superonda», cada explosión es un acto creador, pero también uno de destrucción. Si las teorías de LaViolette son ciertas, A-Sagitario estallaría periódicamente cada 13.000 a 26.000 años, emitiendo una ingente cantidad de materia y energía hacia los confines de la galaxia. Los protones, más pesados, acabarían atrapados en los campos magnéticos del núcleo, pero los electrones y los positrones viajarían a velocidades próximas a las de la luz, pasando a través de la galaxia con una atenuación mínima. El resultado: enormes cantidades de polvo estelar serían inyectadas en el Sistema Solar, incrementando la temperatura y la actividad del Sol y alterando el clima de la Tierra de tal modo que la vida, en general, se extinguiría tras cada uno de estos eventos.

LaViolette, para quien un acontecimiento de este tipo habría sido la causa de la extinción del hombre de Neanderthal y del hombre de Java, no excluye los encuentros con astros errantes, cometas, etcétera. Al contrario, según su teoría la superonda sería la responsable del estallido en cadena de supernovas, sacudidas por una tremenda onda gravitacional, haciendo crecer enormemente la «población» de materia, polvo estelar, y rocas errantes.

De hecho, la nube de cometas de período corto situada más allá de Neptuno, conocida como «cinturón Kuiper», puede ser el resultado del estallido, hace un millón de años, de una supernova próxima a nosotros. En cualquier caso, las colisiones con grandes objetos bastan para dar cuenta de las catástrofes biológicas, climatológicas y geológicas sufri- ➤



La superficie marciana está salpicada de unas formaciones conocidas como «islas». Éstas parecen ser el resultado de enormes corrientes de agua que erosionaron la corteza exterior del Planeta Rojo debido a grandes inundaciones.

Algo destruyó el mundo en el

PLANETAS ASESINOS

No todas las teorías catastrofistas involucran a cometas o asteroides. El geógrafo Pattern y el ingeniero Samuel Windsor postulan la pasada existencia de un pequeño planeta, al que denominan «Astra», que una vez habría estado situado entre Marte y Júpiter, en el actual cinturón de asteroides. Atraído por la gravedad marciana, Astra se habría acercado a unos 5.000 Km de Marte. La tensión gravitatoria habría desgarrado a este último, dando lugar a una lluvia de proyectiles causantes de su orografía actual. Para otros, el sospechoso sería un astro mencionado por Ovidio con el nombre de Phaeton y que habría sido conocido como Tistrya entre los persas. Phaeton habría entrado en el sistema solar alterando, entre otras cosas, la órbita de Neptuno y provocando la catástrofe marciana. La «hipótesis Phaeton» encaja bien con la teoría de Zecharia Sitchin, quien, basándose en textos sumerios, postula la existencia de Marduk, un objeto que en el pasado se internó en el Sistema Solar arrastrando hasta una nueva órbita a Plutón, que hasta ese momento habría sido un satélite de Neptuno. En su viaje se habría encontrado con Tiamat, el hipotético planeta situado en el cinturón de asteroides, fragmentándolo y capturando a su satélite, Kingu. De camino hacia el Sol, Tiamat habría afectado la órbita de Marte y causado trastornos en la Tierra.

Verne con el enigma de Rennes-le-Château. Lo cierto es que el célebre escritor, amante de claves y criptografías, gustaba de elaborar anagramas y segundas lecturas ocultas en los nombres de sus personajes y de los lugares en los que transcurren sus aventuras. El protagonista de *Clovis d'Ardentor*, por ejemplo, se llama igual que el padre del rey merovingio mencionado en los manuscritos cifrados de Rennes-le-Château: Clovis I. La trama comienza con un viaje en barco, cuyo capitán tiene el mismo nombre que un pico ligado al enigma de Rennes: Bugarach. En el nombre del puerto donde comienza el viaje, Cette, algunos creen encontrar una velada alusión al dios Seth.

Es innegable que las cuestiones astronómicas y geodésicas interesaban mucho a Julio Verne. En su *Hector Servadac* retoma precisamente el tema de un cuerpo, un cometa, que cae sobre la Tierra dejando sólo unos pocos supervivientes. *Hector* parece un anagrama de *torche*, «antorcha», en lo que podría ser una alusión al cometa. En cuanto al apellido, Servadac, no es sino la palabra francesa «cáda-veres», escrita en sentido inverso.

Pero quizá la más llamativa de las historias de Verne en relación al tema es la que tituló *La Chasse au Météore*. El argumento gira en torno a un meteoro de oro, originario de Sirio, que cae sobre la Tierra. Uno de los científicos involucrados en la historia se llama Zephyrin Xirdal, en cuyo nombre está contenida la constante de la sección áurea, Phi, que para algunos está íntimamente ligada a la geografía de Rennes-le-Château. Pero lo realmente intrigante son los nombres que Verne dio a cierta pareja que contrae matrimonio en el transcurso del relato: Mr. Set y Miss Arcadia.

Extrañas conexiones que no hacen sino resaltar uno de los aspectos del problema. Algo destruyó el mundo en el pasado... y volverá a hacerlo. Cada vez resulta más evidente el carácter cíclico de los múltiples «Apocalipsis» acaecidos en nuestro planeta. El doctor LaViolette, además del ciclo de explosiones del corazón de la Galaxia, identifica 2 ciclos que afectan a la vida terrestre; un período de 30 millones de años en los que la oscilación del Sol le lleva a atravesar el plano de la Galaxia, introduciéndose en nubes de polvo estelar que incrementarían la actividad del astro rey, con el consiguiente recalentamiento y posterior enfriamiento de la Tierra; y otro ciclo de 23.000 años en los que fluctúan las condiciones climáticas de la Tierra. Otros astrónomos identifican períodos de impactos con objetos que provocan extinciones masivas cada 250 millones de años. Algunos postulan otro ciclo que, en los últimos 1.000 millones de años, causó extinciones masivas hace 94,5, 65 y 36,9 millones de años. Un creciente grupo de científicos piensa que estamos en una época activa que se inició hace 20.000 años con el fin de la Era Glacial, y que lo peor aún no ha llegado.

Sorprende comprobar que los griegos, y sobre todo Pitágoras y Empédocles, hablaban de un ciclo de 26.000 años, el «Gran Año», la duración precisa-

das por la Tierra. Según el conocido astrónomo Fred Hoyle, la Tierra puede haber sufrido más de 130.000 grandes impactos en los últimos 1.000 millones de años.

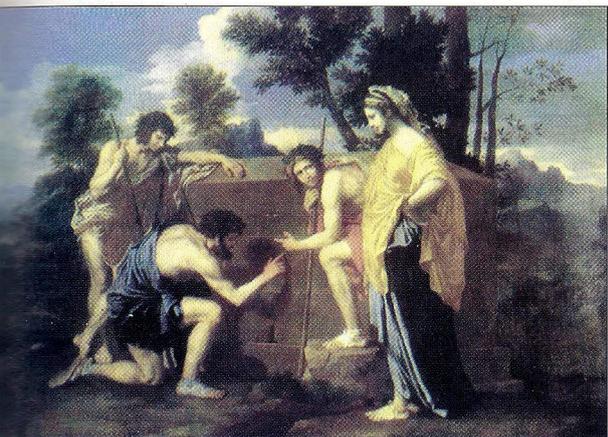
A la hora de explicar el final de la última era glacial, hace 11.500 años, hay un punto en común en la teoría de la superonda y aquellas que involucran una colisión; el incremento de polvo en grandes cantidades. En un caso o en otro, el resultado sería el mismo; tremendas inundaciones de hielo y agua. Se trata prácticamente de la misma fecha, entre 13.000 y 10.000 años, que la ofrecida por las dataciones por carbono 14 para los amasijos de fósiles mezclados y despedazados por inundaciones de nieve y hielo. Curiosamente también es prácticamente la misma fecha que ofrece Platón, 11.400 años, para el hundimiento de la Atlántida.

Julio Verne, el visionario

David Wood y Ian Campbell, autores de *Geneset*, están convencidos de que el misterio de Rennes-le-Château (AÑO/CERO, 53 y 77) gira en torno a un mensaje dejado por remotos supervivientes, como una advertencia a la humanidad futura acerca del culpable del desastre: un cometa, una estrella-demonio, aquella a la que los egipcios aludirían bajo la figura del dios maligno, Seth, que nació desgarrando el seno de su madre, la diosa del cielo y la noche estrellada. Bajo la trama del *affaire* Rennes-le-Château operan sociedades y particulares, y resulta cada vez más evidente su relación con ciertos personajes históricos y artistas como Poussin, autor del enigmático cuadro *Los pastores de Arcadia*, íntimamente ligado al misterio de Rennes.

Uno de ellos es especialmente interesante por lo acertado de sus «visiones»: Julio Verne. Varios autores han comentado las extrañas conexiones de

pasado... y probablemente volverá a hacerlo



Izquierda, Los pastores de la Arcadia, de Poussin. El cuadro muestra una tumba, ya inexistente, y un paisaje que parecen corresponderse con cierto paraje de Rennes-le-Château. Curiosamente, Arcadia es el nombre de uno de los personajes de cierta novela de Julio Verne cuyo argumento gira en torno a una futura colisión de un cometa con la Tierra.

mente de un período de precesión de los equinoccios, uno de los ciclos identificados como causantes de catástrofes. Según su cosmovisión, los mundos atraviesan cuatro Eras, que comienzan con una primera y paradisíaca Edad de Oro que surge sobre las cenizas del orbe antiguo.

La danza de Shiva

Los nativos norteamericanos también poseen sus propias tradiciones sobre mundos destruidos por agua y fuego; pero, sin duda, es entre los hindúes donde la teoría de los ciclos ha sido desarrollada de manera más exhaustiva (AÑO/CERO, 30 y 112). La tradición hindú se centra en Eras compuestas por cuatro edades diferentes que comienzan con una Edad de Oro y concluyen, de forma violenta, con un Kali-Yuga, una Edad de Hierro en la que el mundo debe ser aniquilado para, después, transformarse en un mundo nuevo. Esa es una de las enseñanzas de la imagen del Shiva danzante. Este dios baila alrededor de un círculo de llamas, los muchos mundos que ya ha destruido en un ciclo sin fin, y que recuerdan a la teoría del Big Bang.

René Guénon, máximo exponente en Occidente de la Tradición esotérica, trató ampliamente este tema. Afirmaba que, desde el nacimiento de cada mundo, las fuerzas que lo componen comienzan a desgastarlo, en un proceso que atraviesa cuatro Eras, durante las cuales sufre una solidificación progresiva, el espacio se modifica y el tiempo transcurre cada vez más deprisa. Acabado el último ciclo, cuando el desgaste es absoluto, ese mundo es reabsorbido, transmutado, para dar paso al siguiente. Guénon era matemático. A partir de sus conocimientos supo interpretar de una forma física la doctrina de las Eras. Al hablar de aceleración del tiempo y «densificación» quizá se estuviera refiriendo a un desarrollo cambiante y gradual del espacio-tiempo en la evolución del Universo, que iría acompañada de cambios gravitacionales. ¿Sería el fin del Universo una consecuencia lógica de ese desarrollo? Por otra parte, el concepto de «desgaste» recuerda al de «entropía», un término físico que alude a la degradación de la energía. Pues bien, una teoría surgida en el ámbito de la termodinámica afir-

ma que la cantidad de «energía disponible» en el Universo decrecerá hasta llegar a un mínimo. En ese momento la temperatura del Universo tenderá hacia el cero absoluto. Ningún cambio, ningún proceso, ningún movimiento podrá tener lugar en él. Es la «muerte térmica» del Universo.

Sea como fuere, la Tradición insiste en que este ciclo de destrucción y renovación es natural. El fin de nuestro mundo es inevitable, pero de sus cenizas surgirá una Tierra nueva. No hay lugar para el alarmismo. Incluso el hombre es un pequeño mundo con sus ciclos de creación y destrucción. Al invierno le sigue la primavera y, a la noche, el amanecer. ■

MÁS INFORMACIÓN:

- **Earth under fire.**
Paul LaViolette. Starburst Publications. NY. 1997.
- **When the earth nearly died.**
D.S. Allan & J.B. Delair. Gateway Books. 1995.
- **El misterio de Marte.**
Graham Hancock. Grijalbo. Barcelona. 1999.
- **¡Que viene el cometa!**
Nigel Calder. Salvat. Barcelona. 1985.
- **El Universo desbocado.**
Paul Davies. Salvat. Barcelona. 1985.

VIDENCIA POR TELÉFONO



REBECA E ISAAC

LÍNEA DE ATENCIÓN PERSONAL,
CONSÚLTANOS LO QUE QUIERAS,
DESDE LA COMODIDAD DE TU CASA
SERVICIO A TODA ESPAÑA
DE LUNES A VIERNES DE 16 A 21H.

COSTE LLAMADA:

MÍN. 118,60 - MÁX. 142,50 PTAS/MIN.

906.421.858